

Harissa Cazpri

Siempre
te miraré
Relato



Marissa Cazpri

Siempre
te miraré
Relato

Siempre te miraré

Marissa Cazpri

Título: Siempre te miraré.

©Marissa Cazpri, 2017

Segunda edición: diciembre 2018

Licencia: Todos los derechos reservados

Diseño cubierta: ©Marissa Cazpri.

Foto cubierta: @Designed by Freepic.diller / Freepik

Maquetación: ©Marissa Cazpri

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del escritor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia

A mis protegidas, gracias por seguir.

Índice

[Nota de la autora](#)

[Siempre te miraré](#)

[Sobre la autora](#)

Nota de la autora

Cuando me ofrecieron escribir un relato para *Cross My Heart, 20 relatos de amor cóncavos y con besos* para San Valentín, además de agradecer el que me incluyeran entre sus maravillosos autores, no dude ni un segundo, tenía que volver a darle voz a Marina para que supierais un poquito más sobre su vida con Paul y su hijo en Londres.

Después de haber cumplido el tiempo de compromiso que adquirí con la editorial y de haber recuperado los derechos de este relato, no quería dejaros sin él de nuevo.

Disfrutad de este pequeño extra.

Marissa Cazpri

Siempre te miraré

Suspiro mirándome, por enésima vez, al espejo del baño; el reflejo me devuelve la imagen de una mujer ojerosa y con el pelo revuelto. Mi apariencia actual se debe al insomnio sufrido por mi segundo embarazo. No solo no paro de vomitar como una posesa todas las mañanas, si no que tengo el estómago revuelto el resto del día y la noche.

Refresco mi cara, la seco con la toalla y vuelvo a mi dormitorio para vestirme, hoy, lunes, hay una reunión muy importante con los inversores de Tolson y, a pesar de que mi querido marido me ha prohibido asistir, he decidido ir a la oficina. Estoy harta de quedarme todo el día en casa, aburrida y asqueada, al menos en la oficina estoy entretenida.

Voy a colocarme uno de mis vestidos premamá, cuando mi estómago da un vuelco provocándome otra arcada. ¡Dios! ¿Cuándo terminará esto?

Treinta minutos después, estoy en la cocina aguantando la reprimenda de Edgar, el mayordomo.

—Señora, no debería dejarla salir en ese estado —dice mientras deja una taza de manzanilla delante de mí.

La aparto con cara de asco y opto por el vaso de agua que estaba bebiendo.

—Voy a ir, es mi última palabra.

—El señor se va a enfadar...

—Me importa un bledo lo que diga el señor —le interrumpo dando por zanjada la conversación.

Paul sigue en modo sobreprotector conmigo y se ha agravado con el embarazo. No deja que haga nada y me trata como si yo fuera de cristal, cosa

que me irrita sobremanera. Creía que ese tema lo tenía superado, aunque al parecer será así siempre y tendré que vivir con ello, pero él tendrá que aceptar que no voy a encerrarme aquí para evitar todo lo que a él le parezca peligroso para mí; que, en este caso, es toda actividad más allá de estar en casa viendo la televisión o leyendo un libro. Si está así ahora que apenas estoy de cinco meses, no me quiero imaginar cómo se pondrá cuando esté casi a punto de dar a luz.

Me bebo de un trago el agua y miro al mayordomo, que me observa en silencio con preocupación.

—No te preocupes, Edgar. Le diré que te he chantajeado para que me dejases salir de casa —le digo saliendo de la cocina.

Él no tiene la culpa de que mi marido sea un cabezota y no quiero causarle un problema.

Mientras voy hacia el garaje, consulto mi teléfono móvil por si he recibido algún mensaje de Claire, la niñera de mi hijo; al no verlo, suspiro aliviada al imaginar que el pequeño Paul ha llegado bien al colegio. Desde que se enteró de que va a tener un hermanito, se porta mal, no hace caso a lo que le decimos y busca cualquier excusa para no asistir a clase. Mi hombrecito piensa que ya no será el centro de mi vida. ¡Qué equivocado está!

Al entrar en el garaje, mi enfado aumenta. ¿En serio? ¡Esto ya es pasarse!

—Lo siento, señora, son órdenes —se disculpa el chófer mientras sostiene la puerta trasera del coche.

—Ya hablaré yo con el señor —gruño entrando en el vehículo.

Al poner un pie en la oficina, todo el mundo con el que me cruzo me detiene para preguntar por mi embarazo. Quién me iba a decir hace cuatro años que, algún día, todos los empleados de la central de Tolson me

recibirían con tanta amabilidad. El primer día que aparecí solo obtuve miradas de reproche y desprecio por ser la mujer del jefe y convertirme en la secretaria de dirección, sin pasar por el proceso de selección. A pesar de que la mayoría sabían que yo venía de la delegación de Madrid, no me libré de los cotilleos. Por suerte, a día de hoy tienen otro concepto de mí, de hecho, tengo bastantes amistades dentro de la empresa, incluso más que mi marido.

Cuando por fin dejan que avance en mi camino, llego hasta el despacho de Paul. Al ver que tiene la puerta entornada, me tomo la libertad de entrar sin llamar, hecho del que me arrepiento al encontrarme con Paul y la secretaria, que va a sustituirme cuando esté de baja maternal, reunidos. Voy a disculparme por la intrusión, pero me quedo paralizada al fijarme más en ellos: mi marido está sentado en su silla de director y Laura está a su lado con una mano posada en su hombro y en actitud demasiado cariñosa para mi gusto. Ambos están tan concentrados en la pantalla del ordenador, que no se han percatado de mi presencia, por lo que doy un paso atrás y aprovecho para escuchar su conversación sin ser vista. Sé que no está bien, pero algo me dice que no están trabajando.

—¿Seguro que es un buen sitio? —pregunta Paul.

—El mejor.

—Será un fin de semana inolvidable.

—Sí —dice coqueta.

—Estoy deseándolo. —Suspira recostándose en la silla—. Gracias por hacerte cargo, Laura. Entre los problemas con los inversores y el cansancio por el embarazo de Marina, apenas si puedo tenerme en pie. Necesito ese fin de semana para desconectar de todo.

—Ha sido un placer. Además lo he dejado preparado al detalle. Será un fin

de semana tranquilo, sin distracciones y muy romántico.

Ahogo una exclamación en la palma de mi mano. No puede ser...

Escucho movimiento y unos pasos que se acercan peligrosamente hacia la puerta. El pánico se apodera de mí, van a pillarme y no sé qué hacer. Reacciono en el último momento al comprobar que mi despacho, que está junto al de Paul, está abierto y me refugio entre las sombras.

—Laura.

—¿Sí?

—Ya sabes...

—No te preocupes, jefe, Marina no se enterará de nada.

Sin añadir nada más, Laura desaparece y mi marido se encierra en el despacho. Yo me quedo en el mío esperando salir del shock en el que estoy al escucharles. ¿Qué leches ha pasado, ahí dentro? ¿Es lo que creo que es? No, Marina, no. Tengo que quitarme esa imagen de la cabeza que las hormonas me juegan malas pasadas. Seguro que hay una muy buena explicación.

Después de respirar varias veces para tranquilizarme y recuperarme de la impresión, me dirijo hacia el despacho de mi marido. Alzo la mano para llamar, pero cuál es mi sorpresa, cuando veo que esta se abre.

—¡Marina! ¿Qué haces aquí?

La amabilidad con la que ha tratado a Laura, se esfuma y aparece la actitud de *Pauly*, el guiri-borde. Eso hace que mi cabreo de esta mañana vuelva.

—Te dije que no aparecieses por la oficina —gruñe.

—Y yo, que vendré hasta que me dé la real gana.

Nos retamos con la mirada durante un minuto, hasta que Paul resopla y la retira, sabe que si no lo hace, tendremos discusión para rato.

Cinco minutos más tarde, estamos en su despacho planeando la reunión que tenemos en media hora. Está muy nervioso y no quiere dejar nada al azar, puesto que se juega la vuelta de uno de dos de los máximos inversores de Tolson, que se marchó cuando el escándalo del Brexit^[1] saltó a los medios de comunicación. Eso fue un duro golpe para la empresa por la incertidumbre que generó, pero Paul estuvo ágil y convenció a uno de ellos para volver, de ahí que esta reunión sea tan importante.

—¿Preparado? —le pregunto en la puerta de la sala de reuniones.

Asiente con la cabeza, toma la actitud fría de jefe, se ajusta la corbata, me da un beso en la frente y abre la puerta para entrar con paso firme en la reunión. Yo le sigo detrás con los dedos cruzados.

—¡Esto hay que celebrarlo! —exclama Karen entrando en el despacho de Paul con una botella de champán en la mano.

Hace media hora que la reunión, que duró cuatro horas, terminó y ha sido todo un éxito, el inversor no solo va a volver, si no que ha adquirido las participaciones del que se marchó, salvando así la inversión de la sociedad.

Mientras mi cuñada y su hermano disfrutaban del champán, yo aprovecho para recostarme en el sofá y descansar, estoy algo mareada.

—¿Te encuentras bien? —pregunta mi marido, algo preocupado.

—Sí, solo es cansancio.

—Ahora que está todo arreglado, ¿me harás caso y te quedarás en casa?

Su mirada me advierte que no es una pregunta que pueda replicar, por lo

que asiento con la cabeza para no discutir; es su momento y no lo voy a estropear.

—¿Qué hacéis este fin de semana? —pregunta Karen de pronto, en un intento de cambiar de tema—. He pensado que podemos celebrar la buena noticia en España, así podemos visitar a Chloe y Marina puede ver a sus padres.

La hermana pequeña de Paul y Karen se marchó a vivir a mi país hace unos meses; cuando le ofrecieron trabajo en una de las más prestigiosas academias de bellas artes de Madrid como profesora, no pudo rechazarlo.

Ilusionada por ir a verla y, de paso, visitar a mis padres, asiento enérgica mi cabeza.

—Nada de viajes en avión —responde con rapidez mi marido al ver mi entusiasmo.

—Pero...

—Ni peros, ni leches —replica en perfecto español, dejándome claro, con mi propia frase, que no va a cambiar de opinión—. Además, tengo un viaje de negocios previsto para este fin de semana.

Frunzo el ceño al escucharle.

—¿Viaje de negocios? —pregunta extrañada Karen.

—Sí, lo ultimé esta mañana con Laura.

Mi cuerpo se estremece de pies a cabeza. ¿Eso era lo que estaban preparando? Pero... no hablaban de negocios... Hablaban sobre un fin de semana de escapada y romántico...

Mi cara debe ser un poema porque Karen se sienta junto a mí y agarra una de mis manos.

—Marina, ¿qué ocurre? Estás pálida.

Toca mi frente preocupada. No, cuñada, no es fiebre lo que tengo. Mi marido también toma asiento junto a mí y me habla, pero yo apenas le escucho porque mi mente me grita la conversación de Laura y él de esta mañana: «Marina no se enterará de nada», «un fin de semana romántico», «gracias por hacerte cargo tú», «necesito desconectar de todo».

Comienzo a hiperventilar y noto cómo mi cuerpo se desploma en el sofá, antes de que todo se vuelva negro.

—Ella y el bebé están bien...

Abro los ojos poco a poco, algo desorientada y me veo tumbada en el sofá del despacho de mi marido, rodeada de cables y un sanitario mirando un monitor que hay en la mesita auxiliar.

—¿Paul? —pregunto asustada al no verle.

—Cariño, estoy aquí.

Aparece en mi campo visual y lo que veo me parte el corazón, está pálido y sus ojos muestran un terror que no le había visto antes. Menudo susto se habrá llevado al pensar que me había pasado algo grave. En ese instante recuerdo por qué me he desmayado y ya no me da tanta pena su estado. ¿Por qué me ha engañado?

Cuando el médico se cerciora de que estoy completamente bien, me da permiso para marcharme a casa. Al parecer he sufrido una bajada de tensión, algo normal en mi estado, pero que también puede ser debido al estrés, por lo que me ha dado una serie de pautas a seguir para controlarla y que no me pille de sorpresa, entre ellas, dejar de trabajar y tomarme las cosas con tranquilidad. ¡Cómo si fuera tan fácil!

El camino de vuelta a casa es tenso. Paul apenas me dirige la palabra, está muy enfadado porque piensa que no debería de haber ido a la oficina hoy, pero a pesar de eso, no se separa de mí en ningún momento.

Al llegar, y antes de que diga nada, me confino en mi dormitorio, yo también estoy asustada y no quiero que le pase nada a mi bebé.

—Mami, ¿estás malita?

La cabecita de mi hijo asoma por la puerta del dormitorio. Acaba de llegar del colegio y seguro que su padre ya le ha informado.

—Sí, pero no te preocupes, puedes venir a darme un beso —le digo con suavidad.

Titubea un poco, pero cuando ve que abro los brazos para recibirle, esboza esa sonrisa que tanto se parece a la del padre y viene corriendo hacia mí. Sube de un salto a la cama y se refugia en mis brazos, intentando no rozar mi abultado vientre. Disfruto de su calor y su olor durante un momento. Estaría así todo el día.

—Deja a mamá descansar.

La voz de su padre interrumpe este momento madre-hijo y me molesta horrores porque mi pequeño me tranquiliza.

—No me molesta —le digo con seriedad.

—Ya sé que no te molesta, pero tienes que estar tranquila y descansar —insiste, hablándome con demasiada amabilidad que interpreto como algo malo—. Ven aquí.

Nuestro hijo, aunque reticente, le obedece, se desprende de mi abrazo y va hasta donde está su padre, con cara de enfado.

—¿Quieres saber si el bebé va a ser niño o niña? —le dice con ternura.

Su cara se transforma en una máscara llena de curiosidad, la mía también. En teoría, hasta la semana que viene no tengo la ecografía de las veinte semanas, que es ahí cuando te dicen el sexo del bebé. Le miro interrogante.

—Te hicieron una ecografía esta mañana —dice con una pícaro sonrisa.

¡Claro! Al desmayarme... Ahora sí que estoy nerviosa.

—¿Y?!

Una suave carcajada sale de su garganta al ver mi insistencia. Agarra al pequeño Paul de los hombros y le guía hasta la cama para sentarse junto a mí, con el niño entre los dos. Con una tranquilidad pasmosa, retira la ropa que cubre mi barriga y pasa su mano sobre ella, ensimismado. Se está tomando su tiempo para hacerse el interesante, lo sé y eso me impacienta, así que le doy un manotazo en la mano para que hable de una vez. Lejos de molestarse, me mira con intensidad a los ojos, sonrío y se acerca a mis labios para besarme.

—Es una niña —susurra contra ellos.

Grito de emoción, asustando a nuestro hijo y me abalanzo sobre ellos para abrazarlos con efusividad.

—¡Una niña! —grito de emoción—. ¡Cariño, vas a tener una hermanita!

Beso su cara, pero él me aparta en seguida. Creo que no le ha hecho ni la más mínima gracia. Cuando su padre le pregunta el porqué de esa reacción, mi hijo le cuenta que él esperaba un niño para poder jugar con él con sus coches, su balón de fútbol y todas esas cosas que se suponen que las niñas no juegan. Su padre y yo le intentamos convencer de que las niñas también pueden jugar a esas cosas y parece conformarse, de momento.

—Y ahora, dejemos a mamá descansar.

Se despide de mí con un casto beso en los labios y se marchan, dejándome

con la emoción de saber que voy a tener la parejita soñada.

El resto del día lo paso en cama, leyendo en algunos momentos, otros viendo la televisión o hablando con mis padres y mi mejor amiga, Verónica. Todos se alegran de la llegada de mi pequeña, en especial Verónica, que está harta de tanto varón. Ella y Álex tuvieron otro bebé hace unos meses y tenía la esperanza de que fuese yo la que tuviese la niña.

Aburrida ya de estar en la cama, me levanto para estirar un poco las piernas. Consulto el reloj y me sorprende que sea tan tarde, casi las once de la noche. Hace dos que mi hijo vino a darme las buenas noches y desde entonces, no he sabido nada de mi marido.

Me ajusto la bata polar que me regaló Chloe en navidades y bajo para buscarle. Aunque estemos un poco enfadados no me gusta dormir sola. Recorro la planta de abajo a oscuras, hasta que distingo luz que sale de la puerta del despacho de Paul, que está abierta. Me asomo con sigilo, curiosa por saber qué está haciendo a estas horas allí. Está viendo fotos en su portátil y, como soy demasiado curiosa, me acerco para verlas yo también. Sonrío al saber qué fotos son.

—Fue una experiencia increíble y no puedo creer que volvamos a pasar por ella —dice emocionado, mirándome a través del reflejo de la pantalla.

Las fotos de nuestro hijo pasan lentamente ante mis ojos.

—Sí, aunque esta vez es diferente.

Rodeo su cuello con mis manos y beso su sien izquierda.

—Lo siento, Marina.

Cierro los ojos y aprieto más mi abrazo.

—Estos meses han sido muy duros para mí. Lo del Brexit, tu embarazo y

el cansancio...

—No pasa nada.

—Sí que pasa. Hoy cuando te has desmayado, he sentido pánico al pensar que te podía perder —susurra afligido.

—Ya estoy bien, tranquilo.

Me coloco encima de sus piernas y le abrazo con fuerza, no soporto verle así. Todavía tiene ese miedo irracional que le marcó de pequeño al perder a su madre.

—No sé qué haría sin ti —susurra contra mi cuello.

El viernes llega sin que apenas me dé cuenta de mi baja laboral, Paul decidió trabajar desde casa y acompañarme en mi confinamiento. Su compañía me ha venido bien para que el tiempo pase rápido y veloz, pero hoy me he levantado nerviosa recordando que este fin de semana tenía ese misterioso viaje de negocios. Cada vez que le preguntaba, evadía el tema y eso me ha hecho sospechar que me oculta algo y no sé si quiero saberlo porque si es todo lo que mi intuición me dice, sé que acabaré destrozada.

Estamos en la biblioteca y yo estoy frente a una de las estanterías colocando uno de los libros que estaba leyendo, cuando un mareo hace que me tambalee un poco.

—¿Qué te pasa, Marina?

Paul aparece a mi lado en un segundo para ayudarme a tomar asiento en uno de los sillones que hay junto a la estantería. Diez minutos después, y a pesar de mis protestas, tengo al médico a mi lado tomándose la tensión y monitorizando al bebé.

—Todo está bien —dice al fin el doctor.

—¿La tensión? —pregunta preocupado Paul.

—Perfecta.

Suspira aliviado y le hace un gesto para hablar con él en privado, cosa que me extraña, pero no le doy importancia, supongo que le estará haciendo mil preguntas.

Cuando termina con su interrogatorio, el médico recoge todas sus pertenencias y se marcha, acompañado de mi marido. Yo me quedo un momento relajada en el sillón, devorando una de las galletas con chips de chocolate que hizo Edgar esta mañana. ¡Deliciosa!

Después de esperar diez minutos y de tres galletas en mi estómago, me levanto para buscar a Paul, me extraña que no haya vuelto para echarme la bronca. Le encuentro en la puerta que da acceso al jardín, dando paseos de un lado a otro hablando por el teléfono móvil.

—Sí... anula todo... No... Ya te he dicho que no se puede hacer nada... Da igual... lo que cueste... te compensaré, te lo prometo...

¿Te compensaré? ¡Oh, dios! Las lágrimas amenazan con salir, pero no se lo permito. Las reprimo porque quiero aclarar esto de una vez y no voy a permitir que me vea llorar. Doy unos pasos para que se dé cuenta de mi presencia, entonces su cara se transforma: abre los ojos de par en par y se despidió de su interlocutor con rapidez.

—Marina...

—Ya me estás explicando qué es lo que llevas tramando durante esta semana con Laura —digo con toda la tranquilidad que puedo.

Las mejillas de Paul se enrojecen, su mirada evita la mía y yo me estoy

temiendo lo peor.

—Te lo explicaré esta noche —habla después de unos segundos—. Confía en mí.

Se acerca, besa mi frente y se marcha dejándome confusa.

El resto del día lo paso sola en casa, dándole vueltas a la cabeza su «confía en mí».

Llegan las ocho de la tarde y sigo sin noticias de mi marido, ¿dónde se ha metido? Y lo que más incertidumbre me genera es que no responde a mis mensajes. Lo único que sé de él es que mandó a Amy a recoger a nuestro hijo para que pasara el fin de semana con los primos. Cuando voy a llamarle, mi móvil comienza a sonar. Es él.

—¿Sí?

—Cariño, quiero que te abrigues bien y vayas al centro del laberinto.

Cuelga sin que pueda averiguar el motivo por el que quiere que vaya allí, pero, como mi curiosidad puede más, le hago caso. Como estoy vestida con ropa de deporte, me coloco la cazadora con forro polar y enrosco en mi cuello una gruesa bufanda de lana. Estamos en febrero y todavía hace bastante frío, cuando no llueve.

Ando sin levantar la vista, he hecho este camino cientos de veces, jugando con mi hijo o paseando tranquilamente. Aún recuerdo la cara de mi marido cuando se encontró con el laberinto de su madre reformado. Conforme me voy acercando hacia el centro, una suave melodía, que me es muy familiar, llega hasta a mis oídos. Sonrío como una boba y me siento como una idiota al desconfiar de mi amor. ¿Cómo he podido dudar de él? Con todo lo que hemos pasado juntos, era impensable que fuese capaz de engañarme con otra.

Al llegar al centro, las lágrimas resbalan sin control sobre mis mejillas al

ver lo que ha preparado Paul para mí, para nosotros: una carpa en la que hay una mesa con dos sillas, vestida de manera formal para una cena; en una esquina, hay un violinista tocando nuestra canción^[2]; en la esquina contraria, está Edgar preparando los alimentos que vamos a tomar esta noche; y junto a la estatua del ángel, que representa a su difunta madre, se encuentra Paul, tan guapo como siempre, esperándome con esa sonrisa que me enamoró desde que lo vi por primera vez.

—Preparé un viaje para los dos en una casita en un pueblo cercano para celebrar San Valentín, ya que no sabía si podría hacerlo el martes que viene, pero después de tu desmayo y de consultarlo con el médico, decidí que lo mejor era hacerlo en casa —explica cuando me acerco a él—. Marina, quería compensarte por estos meses en los que no he estado al cien por cien contigo y con la personita que va a llegar en nada a la familia, por eso te quería compensar.

—¿Y lo de compensar a Laura? —pregunto curiosa.

—Compensarla por haberla sobre cargado de trabajo y por hacerle echar horas extras buscando un sitio tranquilo cercano a Londres para nuestro fin de semana, sin que tú te dieras cuenta. ¿En serio pensaste que ella y yo...?

Encojo los hombros avergonzada, entonces agarra mi barbilla para que le sostenga la mirada.

—Cariño, tú cambiaste mi vida, atravesaste mi duro corazón y será muy difícil que pueda o quiera sacarte de él.

Al decir eso, aprieta sus labios contra los míos para darme un profundo y pasional beso.

—Te quiero, *sweetie* —susurra contra mis labios.

—Te quiero, guiri-borde.

Sobre la autora

Nací en la madrugada del 08 de Marzo del año 1981 en Córdoba (España), ciudad donde resido junto a mi marido y mi hijo. Soy Técnico en Gestión Administrativa y actualmente trabajo en una asesoría fiscal.

Desde pequeña, siempre me ha gustado escribir, fantasear con personajes ficticios y perderme en mi mundo de sueños y fantasías. Nunca lo hice público, pero a finales del año 2012 (empujada por mi marido y mi mejor amiga) decidí comenzar a escribir una historia y publicarla capítulo a capítulo en un blog. El resultado: Mi Protegida, el guardaespaldas de Suzanne, mi primera novela autopublicada en abril de 2014. Después de la buena acogida que tuvo (cosa que yo jamás esperaba), decidí continuar con este sueño y la misma fórmula de publicación. Dos años después, nació mi bilogía: Mírame novela, que me ha dado muchas alegrías.

También he participado en varias antologías con algunos de mis relatos.

Actualmente estoy inmersa en la creación de más historias románticas y sensuales para mis protegid@s (como llamo cariñosamente a mis lectores y lectoras).

Podéis encontrarme en:

Web: <https://marissacazpri.com>

Facebook: <https://facebook.com/Atreveteamirar>

Twitter: <https://twitter.com/MarissaCazpri>

Instagram: <https://instagram.com/marissacazpri>

^[1] Brexit: Es el término con el que suele aludirse a una hipotética salida del Reino Unido de la Unión Europea. Es un acrónimo inglés formado por la unión de Britain (Gran Bretaña, y por extensión Reino Unido) y exit (salida).

^[2] La canción de Paul y Marina es Madness del grupo Muse, tal y como se indica en la biografía Mírame.